

Albina le tapó la boca con la mano. ¡Que no mintiese, sobre todo! La mentira sería peor que lo demás.

— Ven, mujercita mía, ven

La condujo á su cuarto prodigándole tiernísimos cuidados, y ayudola después á acostarse entre mil cariñosas palabras, pues ya sabemos que no era del todo malo.

Albina aceptaba sus atenciones con agradecimiento, pero con tal tristeza á la vez, que le pareció no haber sabido nunca hasta entonces lo que era el pesar. En su dolor de madre, había algo de augusto: en esto, sólo existía una baja amargura que casi la avergonzaba.

Cuando se acostó, pálida, con un gran cerco sombrío alrededor de sus ojos, Armor fué á apagar la lámpara de su estudio, después volvió junto á su esposa.

— Eso no iba en serio, ¿verdad?— dijo Albina.— Y bien, demasiado sabes que te quiero mucho.

Le perdonaba de todo corazón, ¡es tan cruel guardar rencor á quien se ama! ¡Quién sabe si tan sólo después de semejante prueba había querido prodigarle sus caricias!



XIX

Transcurrieron tres años, durante los cuales Félix Armor produjo muy poco: una composición para orquesta, que apenas despertó interés, algunas melodías y una media docena de trozos para piano. Se ocupaba en una pantomima para la Opera; pero, además de no estar muy satisfecho de la música, los retrasos que debe sufrir toda obra destinada á esta escena le desalentaban á cada instante. Para trabajar con fe, necesitaba inmediato estímulo, y los trabajos á largo plazo inspirábanle poco.

En cambio, se divertía mucho con unos cuantos amigos, á quienes alegraba su buen humor.

— ¡Lástima que Armor sea un perezoso!— decían Desroches con sincero pesar.

— ¡Qué marido tan delicioso tiene usted!— decían á Albina las mujeres, bastante envidiosas de tal fortuna.

Albina sonreía, sabiendo que la primera ley de la prudencia social es mostrarse contento con su suerte; pero hubiera podido decir cuánto cuesta dentro del hogar la buena disposición de un hombre echado á perder por el éxito.

Había también cierta malicia en el fondo del empeño que ponían en alabar á su marido. Contábanse entre las mujeres algunas historias, encaminadas á probar que Armor no era apreciado únicamente por la buena sociedad; y era para ellas negocio de interés saber si Albina conocía estas

cosas ó las ignoraba: en este caso debía ser muy necia; pues nada tan fácil como saber lo que se desea; y si no ¿por qué tenía aquel aspecto tranquilo y sonriente, que constituía la mitad de su gracia?

Los señores Frédel no se habían repuesto del golpe recibido con la muerte de Juanito; sumamente envejecidos ambos, pasaban los inviernos en el Mediodía, á causa de las frecuentes bronquitis del señor Frédel. La madre no sabía nada sobre la conducta de su yerno; viviendo como tranquilos rentistas, casi retirados de la vida, ni ella ni su marido estaban al corriente de las mundanas indiscreciones, y, hubiera sido un verdadero caso de conciencia turbar su tranquilidad. Albina parecía estar contenta; la intranquilidad que, no obstante, se descubría en ella, podía atribuirse á sus sentimientos maternales.

Al revés de la mayor parte de las abuelas, la señora Frédel no había deseado otro nieto, sabiendo que ninguno podría reemplazar al ausente, y temiendo que volviesen para su hija los sufrimientos y las angustias que habían acompañado á su primer alumbramiento. Por lo demás, cuando se es viejo y se está cansado, quiere uno suponer dichosos á los que se ama, porque un secreto instinto del egoísmo nos advierte el tormento que nos produciría lo contrario.

Sin ligarse íntimamente con ninguna mujer, sin crearse ninguna de esas relaciones que exigen confianzas, la esposa de Armor tenía amigas: las unas, de mucha más edad, habían simpatizado con ella, meced á la seriedad de su carácter y á la dignidad de sus costumbres, las otras, de sus mismos años, la estimaban por sus encantos, ó bien por una semejanza de gustos, de ideas, y quién sabe, si también de contrariedades sufridas en silencio. Existían, en fin, en el grupo social de que formaba parte, mujeres que le significaban más simpatía de la que ella les mostraba, pero encontrándolas por todas partes, se veía obligada á tratarlas con agrado.

Entre las últimas, contábase la señora Dutard, casada con un músico de talento, algo mayor que Félix, muy trabajador, que daba lecciones para subvenir á las necesidades de su familia.

Clara Dutard, era una mujer morena, de andar emancipado y resuelto, bastante joven, no muy liada, pero que tenía el don de agradar á los hombres. Rodeábala siempre un grupo en el que se reía mucho y muy alto; su especialidad consistía en decir cosas enormes bajo una apariencia inocente.

Su marido las reía el primero, con aire simplón; fuera de su arte en nada estaba muy fuerte que digamos.

Las personas serias no sabían qué pensar de la señora Dutard; ¿era una desvergonzada, ó una aturdida que hablaba á tontas y á locas, ó bien una marrullera que ocultaba su juego bajo cierta apariencia de ligereza? Albina con su habitual prudencia, se reservaba su opinión, sabiendo que era de gran peso para las mujeres de su trato.

Armor hizo en su casa la presentación de su compañero Dutard, que había pedido permiso para llevar á su mujer. El matrimonio Dutard estaba en todas las fiestas, tanto mas cuanto que se invitaba á sí propio cuando se prescindía de él, haciéndolo el músico con una sencillez real, incapaz de creer en omisiones voluntarias.

Félix se divertía visiblemente con las enormidades de la Dutard, que tenía fama de ser muy ingeniosa: seguramente que, si se dice todo cuanto se piensa, á menos de ser estúpido del todo, se hace gracia de cuando en cuando. La indiferencia de su mujer por esa clase de agudezas le contrariaba un poco, por lo que solía llamarle irónicamente la señora Razón.

Pasados algunos meses, Félix dejó de extasiarse con la superioridad de la Dutard, lo cual tranquilizó á Albina; desde entonces soportó á aquella mujer con más paciencia; su buen natural la impulsó hasta dispensarle algunos cumpli-

dos, para reparar así la friedad con que la acogiera en un principio.

Bailábase una noche en casa de una de esas notabilidades del momento, y la reunión ofrecía un aspecto brillantísimo. No era una de esas fiestas obligatorias, digámoslo así, sino una reunión de confianza en que cada cual se divertía á su modo.

Albina, que habia tomado parte en la diversión, descansaba en su gabinete conversando con Desroches y dos ó tres amigas más, cuando vió pasar á su marido llevando del brazo á Clara Dutard. Se acordó de repente que habia olvidado preguntarle á qué hora vendría el coche, y se levantó dirigiéndose hacia él; pero como se interpusiera un grupo de gente, perdió de vista.

Ya era tarde. Albina sabia cuán difícil es encontrar á una persona en un salón de baile, y decidió aguardar á Félix en un sitio desde donde pudiera verle pasar. De pronto oyó su voz tras sí, en un corto pasillo muy solitario, que ponía en comunicación dos piezas destinadas á guardarropa.

—Mañana á la hora de siempre—decía Armor, en ese tono de voz perfectamente inteligible que algunos toman por misterio.

—Mañana no, es jueves—respondió Clara—y tengo encima á los chicos toda la tarde. Pasado mañana si quieres, pero á las cuatro; él no sale antes de las tres y media, ¡es tan posma! ¿Serás puntual, eh? el otro día, por poco nos hacías....

—Estate tranquila—respondió Armor.

El vals terminaba, las parejas se esparcieron por todas partes; Albina que en su pasmo no habia vuelto la cabeza, hizo un movimiento brusco y vió á su marido acompañando tranquilamente á la Dutard, como si la trajese del *buffet*.

—¿Qué tiene vd., hija mía?—dijo Desroches aproximándose.—Diríase que ha visto vd. algún espectro.

—Creo que sí—respondió Albina esforzándose por son-

reír, pero sin conseguirlo.—Acabo de sufrir un vértigo.... Lléveme vd. á cualquier parte donde pueda sentarme.

Pronto le encontró un sitio; y se sentó junto á ella.

—¿No se encuentra vd. mal? ¿de veras?

—No, gracias. Estoy cual si me hubieran dado un golpe en la cabeza; esto pasará en breve.

Desroches la miró con atención, y comprendió al punto de qué género era el golpe que acababa de recibir. Veinte veces le habia advertido á Armor, sin otro resultado que sus fiones, porque Félix parecía de la raza de los avestruces, que, con sólo esconder la cabeza, gozan al instante de perfecta quietud; además, nunca le habian sorprendido todavía, ¿por qué no seguir así indefinidamente?

—¿Quiere vd. marcharse? avisaré á Félix.

—Aún no—dijo Albina—quisiera reponerme antes un poco.

Hizo dos ó tres profundas inspiraciones, mirando en torno suyo, y recobró su color habitual. Un gran desprecio se extendía entre ella y su marido como un lago helado; pareciale retroceder por grados ante aquella superficie pesada y fría, alargándose, de esta suerte, la distancia que mediaba entre ambos. Pensaba en esto sin cólera, casi sin turbación, cuando Desroches la sacó de sus reflexiones, preguntándole:

—¿Me permite usted que la presente á alguien que es tino mucho?

—Sin duda—dijo Albina distraída, volviéndose hacia él.

—Es mi joven amigo Lorenzo Pontet; he querido mucho á su padre, suplico á usted un poco de benevolencia para con él.

Albina vió en su presencia á un joven de unos veinte, cinco años, de mediana estatura y muy bien puesto, cuyos ojos pardos la miraban con evidente respeto y admiración á la vez.

—Los amigos del señor Desroches son nuestros, caballero—dijo—; mi marido tendrá mucho gusto....

Esta frase trivial se detuvo en sus labios; ¡parecióle tan extraño hablar de su marido cuando se sentía tan lejos de él! El joven se inclinó dándole las gracias. Desroches observaba con disimulo á Albina, preguntándose cuál sería la profundidad de la herida que acababa de recibir.

—Señora—le dijo—creo que voy á buscar á Félix; usted no se encuentre bien....

—No, no, se lo suplico á usted; déjele que se divierta. Sin quererlo, había subrayado con cierta amargura esta última palabra. Desroches no insistió.

Volviéndose hacia Pontet, Albina le hizo sentarse junto á ella, y mediante un gran esfuerzo comenzó á interrogarle, como hacen las mujeres cuando quieren tranquilizar á un tímido.

Lorenzo no olvidó nunca la bondad que le dispensó aquella noche la linda Albina, mujer de un hombre célebre, tan divinamente graciosa con su vestido azul pálido, sus rubios cabellos y su correcto perfil; nunca olvidó tampoco la sonrisa de aquellos temblorosos labios, ni la bondadosa mirada de aquellos inteligentes ojos negros; no sabía lo que le pasaba, pero adivinó que se hallaba herido en alguna de las fibras más íntimas de su corazón. Por sencillo que fuese, este químico tenía ojos, y sintió compasión por aquella mujer encantadora, que á pesar de sus sufrimientos, le prestó atención á él, desconocido, torpe y vergonzoso..... Sintió una compasión eterna, que fué luego una de las grandes fuerzas de su existencia.

En aquel momento, se bailaba en ambos salones y se reía á carcajadas en el cuarto de fumar; las parejas pasaban conversando tranquilamente: los hombres, solícitos ó graves; las mujeres, desdeñosas ó coquetas; el piano, ahogado á veces por el ruido, esparcía después multitud de notas que caían como la lluvia de los fuegos artificiales; todo era allí alegre, lindo, brillante.

—¿Hace mucho tiempo que ha perdido usted á su madre?—decía Albina con la cabeza baja, mirando con tal distracción á un pliegue de su vestido, que en realidad no veía.

—Dieciocho meses. Era mi mejor esperanza....

Albina le miró con aire interrogador.

—Llegar á ser rico para que ella fuese dichosa—continuó Pontet.

—Llegará usted á ser rico.... y se casará usted—dijo la esposa de Armor.

No respondió. El sentimiento de que no se casaría, acababa de entrar en él, como un soplo de viento entra de repente por una ventana abierta.

—No será lo mismo—dijo, viéndose obligado á responder.

El vals tocó á su fin, las gentes iban y venían, Armor se aproximó muy gozoso, según indicaba su rostro lleno de animación.

—¿No bailas, Albina?

—No, estoy hablando. Desroches me ha hecho la presentación de su amigo.... Don Lorenzo Pontet, el señor Armor; los dos hombres se estrecharon las manos.

—¿Para qué hora el coche?

—Para la una.... ¡Diablo! son las dos. En fin, cuando quieras; pero está esto tan encantador esta noche....

—Aquí me quedo—dijo su mujer.—Ven á buscarme cuando gustes.

Félix estaba ya lejos; Albina le vió inclinarse ante una mujer y hablar galantemente con ella.

—¡Y decir que ahora no habrá ni una sola de la cual esté segura!—pensó la infortunada esposa, mirando en torno suyo.

Pero bien pronto se arrepintió de aquella idea injusta.

¡No! Había allí muchas mujeres de las que nunca debía sospechar, y por cierto en mayor número.

Pontet se había separado para no ser importuno; parado á cierta distancia no apartaba sus ojos de Albina, la cual respondía exactamente á todos los sueños y deseos que él se había forjado.

Era un muchacho fino, muy sensible, bajo la corteza algo dura de los que han cultivado solamente la ciencia; de origen mediano, premiado en varios concursos, tenía á la vez algo que le hacía sombriamente orgulloso y tímidamente desconfiado, á lo cual hay que añadir un corazón tierno, que no tuvo tiempo para amar; y un alma virgen que no dejó en la inevitable desilución de los veinte años más que el sentimentalismo romántico, pero no la frescura del sentimiento, un alma hecha para el amor profundo, si bien contenida entre los límites estrechos de la aspereza de los juicios que formaba, no de los demás, si no de sí mismo.

Albina estaba muy favorecida: las jóvenes venían á hablarle y á estrechar su mano al pasar; los hombres permanecían ante ella algo inclinados respetuosamente: todos envidiaban al feliz Armor por tener una mujer tan deliciosa, diciendo muchos que Albina era un bien perdido, toda vez que su marido apenas le hacía caso, y que ella, á su vez, no hacía caso de los demás.

Nadie se hubiera atrevido á decírselo. Armor tiraba bien y era pájaro de cuenta; por lo demás, Desroches, sin parecerlo, era un incomparable guardián, que velaba por ella cual si le perteneciese.

Se hallaba, no sólo bajo la salvaguardia de él, sino bajo la de todos, siendo la mujer respetada y respetable entre cuantas se citaban con orgullo.

Por fin, la concurrencia disminuyó; en la sala de fumar se distinguía sobre el entarimado una roja alfombra, y cuan-

do se ve el color de las alfombras, es señal de que la reunión toca á su término. Armor vino á buscarla y la condujo á casa, donde Albina apenas hablaba, limitándose á responder sencillamente á las preguntas que aquél le dirigía; meditaba un plan que quería madurar antes de ponerlo en práctica.



Al día siguiente, que era jueves, Albina se encaminó á casa de la señora Dutard. Una vez que hubo llegado, se detuvo ante la puerta, no para reunir sus fuerzas, sino para cobrar la suficiente calma; luego subió al cuarto segundo y llamó.

Oíase en el interior un gran estruendo de sillas que caían, de patadas, de risas y de gritos, de todo, en fin, lo que anuncia la presencia de muchachos mal educados en día de asueto. Era tan grande el escándalo, que no oyeran sonar el timbre. Albina se mordió un poco los labios, y tocó más fuerte. El tumulto cesó al instante, siendo reemplazado por un cuchicheo. Una niñera, enteramente desgredada, vino á abrir.

Era la primera vez que Albina la veía, porque en casa de la señora Dutard cambiaban á menudo de criados.

—¿Quiere decir á la señora que una conocida suya desea hablarle dos palabras?

La niñera, algo turbada, abrió la puerta y fué á dar el recado; después de un breve diálogo sosteniendo á media voz entre la niñera y Clara, ésta asomó la cabeza por una puerta que estaba entreabierta. Al ver á la esposa de Armor entró sonriente, tendiéndole ambas manos.

—¡Querida amiga, cuánto gusto en verla por aquí! Perdóne usted mi traje, los niños ...

El traje necesitaba en verdad de excusa; era un peñador claro que en otro tiempo había estado adornado con encajes blancos, los cuales, al presente, se hallaban hechos girones. Pero la frase quedó sin concluir en los labios de Clara ante la actitud de Albina. Oíanse en el comedor las risas ahogadas y el pataleo de los niños que tornaban á sus juegos.

—Tengo que hablar á usted—dijo la mujer de Armor reposadamente.—¿Estamos solas?

Clara Dutard frunció las cejas y fué á cerrar las puertas; luego volvió algo inquieta, pero á cien leguas de sospechar la verdad.

—Señora—dijo Albina con su dulce acento—usted es la querida de mi marido.

—¡Qué horror!—exclamó Clara con un gesto de sorpresa muy natural.

La joven continuó sin turbarse:

—He oído ayer en el baile la conversacion de usted y vengo hoy precisamente porque estaba segura de encontrar á usted en casa con sus hijos, según usted había dicho.

Clara dirigió una mirada de angustia hacia la pieza próxima, donde habían comenzado á sentirse los acordes de un piano.

—No tema usted nada; su marido está allí, pero no tengo intención de decirlo; lo que quiero es hablar á usted. El señor Dutard es un hombre honrado y no debo turbar su reposo. Es también valiente, según me han dicho. ¿No ha pensado usted un momento en que su marido y el mío podían encontrarse un día, terminando esto por un desafío?

—¡Señora!...—intentó decir Clara.

—No me interrumpa usted, se lo ruego; por lo visto no es esta la primera vez, si así fuera no tendría usted tanta tranquilidad en medio de su falta... Rompa usted con mi marido al instante, sin explicaciones.

Clara encuchaba con la cabeza b. ja.

—¿Y si no puedo?— replicó mirando solapadamente á Albina.

—Nuestros maridos se batirán y el escándalo le hará salir á usted de París. Adiós, señora.

Clara Dutard permanecía con la cabeza baja, como si meditase alguna traición. Albina pudo convencerse de que nada había conseguido.

—Si usted no me obedece—dijo disponiéndose á abrir la puerta—contaré su historia á todos nuestros amigos.

—Y no la creerán á usted—repuso la Dutard sin cambiar de actitud.

—¿Sí? ¿No me creerán á mí que nunca he mentido?

Clara la detuvo con un gesto.

—¿Y si nuestros maridos se baten!

—Usted lo habrá querido, con la cual sólo conseguirá deshonorarse.

Albina salió, pero Clara volvió á llamarla.

—¿Va usted á dejar de recibirme; ¿qué dirán las gentes?

—Permito á usted que deje nuestra contienda á mi cargo. La semana próxima daré una comida á la cual no será usted invitada; esto deberá bastarle.

Albina se marchó sin mirar tras sí. En las habitaciones interiores se oía al músico trabajar en un concierto de Liszt; en otra pieza los chicos pataleaban arrancándose recíprocamente los cabellos . . .

—¿Qué vida!—pensó la mujer de Armor tomando el camino de su casa.

En la esquina de la calle de Boulogne se detuvo. En aquellos días de invierno Juana estaba pocas veces en la tienda. Después de dirigir una mirada al interior de aquélla, Albina se decidió á entrar.

—¿Cómo está Juan?—preguntó á la f utera.

La mujer, levantándose, acercó otra silla maquinalmente.

—Regular, señora, mu has gracias; hace algunas sema-

que está desganada y tiene tos, la ve el médico y no dice nada, pero á nosotros nos tiene con cuidado.

La pobre mujer hacia esfuerzos para no llorar.

—¿Puedo verla?—dijo Albina.

—Sí, señora, si quiere usted molestarse en subir. No está bien puesta nuestra casa, pero la tengo limpia. Sus hermanos han ido á paseo con el maestro.

La esposa de Armor subió la tortuosa escalera que conducía al entresuelo, y empujó una puerta. El cuarto que se ofrecía á su vista no era grande, pero estaba sumamente limpio. Echada en la cama de sus padres encontrábase Juana, y una niña de la vecindad trataba de entretenerla con varios juguetes, sin conseguirlo.

Juanita, que pronto cumpliría seis años, estaba delgada pero muy linda. Sus ojos eran demasiado grandes para aquella carita, y sus transparentes manos de princesa se hallaban pálidas y empequeñecidas. Al ver á Albina hizo un movimiento para levantarse; ésta la cogió en sus brazos con indecible emoción, pensando que así hubiera estado Juan de haber vivido débil y enfermo.

—¿Me quieres?—dijo á la niña que le había rodeado el cuello con sus bracitos, estrechándola apasionadamente.

—¡Oh, sí!—respondió la pequeña agazapándose sobre su hombro.

La señora Maison las miraba sonriendo enternecida.

—Es raro que la quiera á usted tanto; no habla más que de usted, y creo que desde hace algunos días estaba disgustada porque no la veía.

—¿No la saca usted?—preguntó Albina, acariciando las piernecitas rectas y delgadas como cañas, sin indicios de pantorrillas.

—¿Cómo sacarla? ¡No tenemos tiempo! De no estar en la tienda sería otra cosa.

—¿Quién la asiste?

—El doctor Réginer . . . ¿Le conoce usted?

—Algo . . . Es una bella persona.

—Y un buen médico, señora, ¡oh, sí!

Albina meditaba, teniendo en sus brazos á Juanita, que jugaba con los azabaches de su abrigo. Miraba en torno suyo, maravillándose de no sentirse extraña en aquella habitación tan sencilla, donde todo revelaba una vida metódica y honrada. Una puerta entreabierta dejaba ver otro cuarto.

—¿Es esa la habitación de los niños?—preguntó la esposa de Armor.

—Sí, señora.

La frutera abrió de par en par la puerta; la habitación era también pequeña, pero estaba muy ordenada; varios estantes sostenían algunos libros, y de las perchas pendían, con los trajes de ir al colegio, unos cuantos juguetes, un aro, una pelota dentro de su red, y dos saquitos con bolas de cristal. Albina sintió oprimirse el corazón. ¡Dichosas gentes que tenían tres hijos! Sólo á Juana amaba con toda su alma: los hermanos de ésta, saludables y robustos, únicamente le inspiraban simpatía en razón del parentesco con la pequeña.

—Vamos, adiós, me voy—dijo á la niña colocándola otra vez en la cama.

Pero Juana quiso acompañarla hasta la puerta. La señora Maison, muy conmovida por esta visita, dió las gracias á Albina con sencillez y sin frases de ceremonia.

—Volveré pronto—dijo la esposa de Armor saliendo.

En vez de ir á su casa, llamó á la puerta del doctor Réginer, que aún no había terminado su consulta. En pocas palabras le explicó su objeto.

—Si es posible procurar á esta niña cualquier cosa que sus padres no puedan, yo lo haré—le dijo. ¡Sirva el dinero alguna vez para algo que no sea proporcionar cuidados!

—En ese caso—respondió el doctor—hé aquí mi prescripción: Todo el bienestar posible, sin mimo de ningún género. Alimentación un poco más escogida, que excite el apetito, paseos en coche al aire libre, y á pie luego que cobre fuerzas; y tal vez, en verano, baños de mar.

—Muy bien, doctor—dijo Albina retirándose.

Yendo hacia su casa, se asombró repentinamente de no haber pensado más en la Dutard ni en Armor, desde que entró en la frutería.

—¡Ah, si me viviese Juan, los demás se me daría poco cuidado!—pensó tristemente.



XXI

Albina vió con cierta ansiedad transcurrir la tarde del día siguiente. Por un capricho de la suerte, el viernes era el día que destinaba á recibir: la cohorte de visitas desfiló desde las tres hasta las seis, charlando á más y mejor, y refiriendo historias más ó menos auténticas, pero todas *sucedidas*, según afirmación de quienes las contaban.

—Y piensa usted, señora, en el semblante del pobre señor Merlin al saber el acontecimiento!

Albina pensaba en el semblante que su marido debía poner en presencia de la Dutard, y en lo que ésta hubiera podido decirle. ¿Habría roto bajo cualquier pretexto? ¿Le habría contado la visita de su mujer? ¿No le habría dicho nada y estarían los culpables en aquel momento burlándose de aquellos á quienes engañaban?

Dieron las seis en el reloj del comedor, cuyo timbre repercutió en todas las habitaciones de la casa, cuando Armor entró en su estudio, abandonado los viernes á Albina para recibir á sus amigos. Su aspecto inquieto y cierta sonrisa desdeñosa, anunciaron á su mujer que la explicación había tenido lugar.

Al verle, la mayor parte de las señoras se retiraron, pretextando que era tarde. Dos ó tres más atrevidas, olfateando un espectáculo de familia, se quedaron. ¿Sabrían

por fin si Albina tenía por qué quejarse de su marido? Esto las interesaba sobremanera.

Pero Félix, por enfadado que estuviese, tenía bastante dominio de sí mismo para evitar un escándalo; se sentó en un rincón, poniéndose á hojear partituras, y las curiosas, al cabo de cinco minutos, viendo que perdían el tiempo, se decidieron á marchar.

Cuando el ruido de la puerta aseguró á Félix que no sería interrumpido, se volvió hacia su mujer, sin aproximarse, y con voz temblorosa por la cólera, le dijo:

—¿Con qué derecho te mezclas en mis asuntos?

El ataque era por su forma tan imprevisto, que Albina quedó desconcertada; pero como tenía clara inteligencia, se repuso al punto.

—Me parece—respondió tranquilamente—que tus negocios son también los míos; estando casados, tus asuntos y los míos son de los dos.

Félix, en un momento de mudo furor, arrugó entre sus manos algunas hojas de música, arrojándolas contra el suelo.

—¿Has cometido ayer una acción irracional! —repuso, tratando de contenerse.—Has ido á casa de una mujer resettata por todo el mundo, para manchar su reputación y la mía....

Se detuvo; la cólera le secaba la garganta, impidiéndole por completo articular las palabras.

—Félix—dijo Albina más conmovida de verle en tal estado, que de las palabras que profería; sólo te pide una cosa:—no te rebajes hasta la mentira. Esa mujer ha confesado....

—¿No es verdad! —gritó el músico.—¿No ha confesado nada! ¡Tú has dicho cuanto te ha dado la gana, pero ella no ha confesado! Albina, aterrada, le miraba con extravío. Era verdad; aunque todo fuese en ella una confesión: su silencio, su actitud, hasta las pocas palabras que había respondido, Clara no confesó expresamente, luego, todo se po-

dia negar. Sintió su corazón inundado por el disgusto que le causaba semejante bajeza.

Armor continuó elevando más y más el tono de su voz.

—No sé qué estupideces has imaginado, que manchas te mi nombre con calumnias de baja estofa

En esto Albina se encontraba en el pleno dominio de su razón; mostrábanse ambos demasiado necios, queriendo jugar el lance con medios tan infantiles.

—Dispensa —le dijo; —¿quieres explicarme á que obedezca el escándalo que estás dando en este instante? El viernes no es día de recepción para la Dutard ni para su esposo. Si no eres el amante de esa mujer ¿para qué has ido á la cita que te dió?

Loco de furor, lanzóse Félix sobre Albina para golpearla; pero esta cambió rápidamente de lugar. Apoderándose de la mesita de té, situada junto á una butaca, Félix la tiró contra el suelo, derribando cuanto contenía; después, algo calmado con este desahogo, volvióse hacia su mujer diciéndole:

—No me irrites; ya ves que puedo ser peligroso.

Sin responderle ni mirarle siquiera, Albina salió de la estancia. En el descanso de la escalera encontró al criado, que venía atraído por el estruendo.

—Recoja usted esos trastos — le dijo; —al levantarme acabo de tirar la mesa del té.

El criado al entrar, vió junto al piano á Félix que parecía absorto en la lectura de una hoja de música. Sin decir nada lo recogió todo, y se fué á la cocina. Pero toda la casa supo que el señor habia provocado un escándalo mayúsculo.

A continuación de tales escenas, lo difícil es aparentar una vida tranquila, y comer á la misma mesa sin afectar rialdad. Esta dignidad de vida, que Albina tenia en mucho, no fué respetada por Armor.

Después de la indicada escena, salió sin esperar á co-

mer; Albina comió sola; por lo noche, cuando Félix volvió, ya muy tarde, fué á acostarse en el cuarto de Coco, que se hallaba siempre dispuesto para algún amigo.

La guerra estaba declarada. Al día siguiente, por la mañana, salió muy temprano, volviendo como la vispera.

Albina se lo esperaba, inquieta por el qué dirán; pero nada hizo ni dijo que pudiera provocar un nuevo altercado. Al tercer día, mientras Félix se vestía, en el tocador, entró ella con un papel y un lápiz en la mano.

—Aquí tienes la lista de las invitaciones para la comida del día quince, —le dijo— ¿Quieres ver si hay algo que modificar?

Félix tomó el papel leyéndolo con atención; cogió el lápiz y añadió por bajo: «El señor Dutard y su esposa;» después se lo devolvió, mirándola cara á cara. Albina borró con el lápiz el renglón que su marido habia trazado, y dijo tranquilamente:

—En este caso, la comida no se verificaría. ¿Se mandan las otras invitaciones?

—Como quieras. Ese día no he de estar en París. . . .

—Entonces es inútil invitar á nadie— repuso saliendo; —la comida no tendrá lugar.

Esta determinación fué causa de mil comentarios. Desde hacia dos ó tres años, los esposos Armor daban una comida el 1º y el 15 de cada mes, desde Febrero á Mayo.

Hallábanse á la sazón en Marzo, por lo que el acontecimiento fué muy ruidoso. Las gentes se decían en voz baja primero, y muy por lo alto después, que algo grave habia ocurrido en aquella casa.

La Dutard no pudo contener su despecho y habló de Albina en tales términos, que revelaban bien á las claras la cólera de que estaba poseída; pronto se notó que ambas mujeres no se visitaban y que procuraban no encontrarse en sociedad; no se necesitó más para despertar sospechas. Lo que Albina habia querido guardar en secreto no tardó en ser la comidilla del día.

En sus meditaciones solitarias, Albina se había preguntado varias veces, siempre con creciente sorpresa, por qué misterio su marido, tan refinado en sus gustos, tan exigente para todo lo que concierne á la gracia y al encanto exterior de las mujeres, no se había descorazonado el primer día ante el desorden y la negligencia de la casa de Dutard.

Parecía mentira que un hombre, rodeado en su casa de delicadísimos cuidados, no se hubiese desilusionado ante aquel espectáculo tan vulgar y grosero, sin contar con los peinadores de Clara.

—Después de todo— se dijo Albina —quizás se vista de otro modo para recibirle.

Lo que más le dañaba de esta aventura no era la infidelidad, sino las circunstancias que la habían acompañado, la humillación de tener por rival á una mujer de prendas tan poco relevantes, así en lo físico como en lo moral, á lo que se unía el disgusto de vivir tan cerca; la mentida intimidad; el pensamiento de haber estrechado la mano de semejante criatura, de haberla sentado á su mesa, y la piedad por aquel pobre imbécil de marido, que reía las impertinentes ocurrencias de su esposa, no comprendiendo que el alma se degrada más fácilmente cuando el pudor ha desaparecido de las palabras.

—Sigue con ella á pesar de todo— pensaba Albina con disgusto —¡ha preferido correr el riesgo de ser descubierto á romper sus relaciones!

Se engañaba, sin embargo; tres ó cuatro días después de la escena conyugal, los amantes habían concluido:

Además de no ser la fidelidad una de las prendas de Félix, no había experimentado por Clara pasión alguna, sino un poco de atractivo sensual.

Por una contradicción muy natural, Armor, que había obrado con tanta violencia contra la intrusión de su mujer en el sagrado dominio de su libertad, no empleó menos cuando su querida habló irrespetuosamente de Albina.

Atacando á su mujer se le atacaba á él en lo que le atañía más de cerca: de modo, que después de haberse enfadado con Albina porque trató de apartarle de la querida, se enfadó con ésta porque se atrevió á hablarle mal de su mujer.

Por otra parte, Félix sólo gustaba de los placeres tranquilos, los goces turbados no eran de su agrado, y sentía verdadero horror por los amores tempestuosos. Esta era, tal vez, una de las causas que le hacían cambiar de aventuras con tanta frecuencia.

Dutard concluyó por sentirse inquietado, viendo la actitud de su mujer para con la esposa de Armor.

La historia poco verosímil, dado el carácter de Albina, de las murmuraciones de ésta contra Clara, ciertas sonrisas, cierto silencio cuando él pronunciaba el nombre de Armor, traíanle desde algún tiempo muy excitado. Vuelto suspicaz, lo que era opuesto á su temperamento, lo fué con frenesí, con el fervor propio de un neófito; espío á su mujer sin que ésta lo comprendiese; y tres semanas después de su ruptura con Armor la sorprendió con otro amigo suyo.

Esta vez la aventura tuvo una resonancia formidable. Honrado y necio, Dutard cacareó mucho su desgracia, y exigió una reparación por las armas. En su alegría de no tener por qué acusar ya á Armor, fué presuroso á suplicarle que le sirviese de testigo.

No costó poco trabajo á Félix ver aceptada su negativa, para lo cual tuvo que alegar nada menos que las malas disposiciones de Clara para con Albina, las que hubieran dado á la aceptación de Armor cierto carácter de venganza.

Aunque la razón no era de peso, el músico la aceptó. El duelo se llevó á cabo, y, como á menudo sucede, Dutard, que jamás había tomado un arma en la mano, hirió gravemente á su adversario, que tiraba bien.

La culpable había huido, los tres hijos entraron en un colegio, y Félix sentía sin notarle cierto remordimiento de

conciencia al pasar por delante de la casa en cuya puerta existía un letrero conteniendo este anuncio: *Se alquila un cuarto*. Si Albina no hubiera sido tan prudente, él mismo sería la víctima de Dutard... Bien mirado, ¿no era él quien había armado el brazo vengador del músico?

—¿Yo?— se decía al punto irguiendo la cabeza con la noble certeza de un inocente.—¿Yo, no! ¡Esta mujer era profundamente viciosa, y no he sido junto á ella, ni el primero ni el último!

Al volver á su casa la encontró más apetecible que de costumbre; mil detalles ordinariamente desapercibidos le impresionaron agradablemente; la misma Albina, vestida de blanco, con un traje de elegantísimo corte, le pareció deliciosamente linda...

¡Qué triste sería ahora la vida del pobre Dutard sin casa y sin familia! ¡Qué dichoso era él, en cambio, teniendo una mujer irreprochable, incapaz de caer en uno de esos errores tan comunes...

Verdad que había estado muy fastidiosa en su querrela, pero ¿acaso la virtud no se hace algo pesada? Veamos francamente: ¿es que Albina podría ser tan virtuosa, sin las estrechas ideas que profesaba? ¡Ya era algo no tener que temer nunca lo que le había sucedido al pobre Dutard!

Armor se irguió orgulloso del honor de su casa, muy satisfecho de su mujer, á la que se acercó con el aspecto benévolo de un rey que quiere recompensar á un leal amigo.

—Albina— le dijo —por poco mata Dutard á Rociot, que tiene herida por lo menos para seis semanas.

Ella le miró tranquilamente con un reproche en sus ojos, que su marido no comprendió.

—Me alegro de que este enojoso asunto se haya terminado—continuó Armor.—He estado algo vivo á propósito de... esa persona... no merecía la pena... pero concénes mi carácter, no me gusta ver á las mujeres quere-

irse... eso las rebaja. ¿Supongo que no incurrirás en la niñería de guardarme rencor por tan poca cosa?

—Marido mío—dijo Albina con dulce acento—nunca te guardaré rencor mientras reconozcas tus faltas; pero sin culpa, por mi parte, podría llegar á no quererte...

Esta frase no había sido pronunciada para agradar á Armor, pero éste sólo había percibido de ella la música. Su mujer estaba en aquel momento mucho más hermosa que todas aquellas á quienes había amado. Besó galantemente la mano de Albina; de la mano subió á la mejilla, y se sintió lleno de satisfacción.

—Hace mucho tiempo que no damos ninguna comida—dijo en seguida.—¿Habría lugar de hacer invitaciones para el primero del mes próximo?

—Seguramente—respondió Albina.

Efectuose la comida, pero Dutard no entró en el número de los convidados. Durante unos quince días, Armor paseó á su mujer por todas partes, acompañándola á multitud de diversiones, y alguna que otra visita.

—Ved á los esposos Armor haciendo las visitas de su segunda boda—dijo una señora caritativa

—¿Segunda?—replicó una amiga—¡si dijese usted la vigésima! ¡Y no para en esto! ¡Cada vez compone para ella una melodía! Ya habrá usted visto que de un tiempo á esta parte no publica más que trozos de escasa importancia.



XXII

Juana Maison adquiría hermostsimos colores; á lo que contribuían no poco los paseos en coche que diariamente daba con Albina después de la consulta del doctor. La niña, vestida con mucho gusto, sin que su madre hubiese tenido necesidad de comprarle nada de particular, hacía muy buen efecto al lado de su amiga.

Iban con frecuencia al bosque de Boulogne los días de sol, bajándose del coche y paseando á pie algunos ratos. Las pantorrillas de la niña se dibujaban ya á través de sus medias de lana, y su sonrisa mostraba sus dientecillos en una boca más pequeña que en el mes de Marzo.

A la vuelta tomaba una original merienda, debida al ingenio de Albina: parábanse á la puerta de una fonda de la calle Rocher, y sin entrar comía algunas ostras que una sirvienta del establecimiento le abría allí mismo.

—¡Mis ostras! ¡qué ricas! —exclamaba Juana tomándolas con gran placer, pues sentía que sus fuerzas se reanimaban. Luego daba las gracias á su bienhechora con una lluvia de besos, que así caían sobre sus mejillas como sobre su traje.

La señora Maison las recibía siempre con esta pregunta:

—¿Has sido buena?

Juana lo era siempre con Albina; fuera por la ternura que ésta le inspiraba, ó por cierta mezcla de temor y respeto, lo cierto es que no daba lugar á que tuvieran que re-prenderla.

Volvió el sol á brillar radiante en la calle de Boulogne, y pronto se vió de nuevo á Juana sentada en una sillita por la tarde á la puerta de la tienda, haciendo el papel de maestra ante algunos chicuelos de menos edad que ella.

—Tiene la manía de jugar á la escuela—dijo la señora Maison. La enviaremos el año que viene.

Albina estuvo á punto de hacer una proposición, pero no se atrevió. Sin embargo, pasado algún tiempo se decidió á ello.

—¿La enviará usted á la escuela pública?—dijo Albina á la frutera.

—Sí señora. Nuestros hijos adelantan mucho en ella.

—¿Y no preferiría usted un colegio particular donde estuviese interna?

El padre, que se hallaba limpiando la anaquelaría de la tienda, subido en una escalera, respondió al instante:

—Eso no es lo que nos conviene, señora. La escuela, como sus hermanos, es mucho mejor.

Albina comprendió que tenía razón; de buena gana hubiera costeadó los gastos de la educación de la niña, pero esto sería sacarla de su esfera. ¡La escuela como sus hermanos! Tenía mucha razón el honrado padre.

Lo que agradaba á la esposa de Armor era el modo de ser tratada por aquella familia. Desde que vivía en la calle de Boulogne, se surtía en casa de estos honrados comerciantes; cuanto le vendían era de la mejor calidad, y el precio razonable. Además, fuera de las relaciones comerciales, encontraba en ellos una dignidad y una sencillez irreprochables.

Los padres aceptaban lo que Albina hacía por Juanita,

porque no hubieran podido hacerlo por sí y comprendían que era necesario; pero su agradecimiento no era obsequioso ni familiar; reinaba, por una y por otra parte, á pesar de la diferencia de clase social, una muy sincera amistad, basada en la recíproca estimación. Nunca aquel honrado matrimonio hubiera confiado á Juana, ni por salvarle la vida, á una mujer cuya conducta mereciese algún reproche. Albina, que lo sabía, no hubiera atribuido á su obra por nada del mundo, el carácter de un beneficio; sentíase tan conmovida ante la confianza que le dispensaban, como ellos ante la bondad de ésta, y, merced á este cambio de nobles sentimientos, Juanita obtenía de ambas partes lo más hermoso que hay en la vida: el amor tierno y desinteresado.

Una mañana de Abril, algo antes de almorzar, Albina recibió el recado de que la señora Maison deseaba hablarle; la frutera solía venir personalmente á traer frutas y legumbres, pero en ese caso llamaba á la puerta del servicio, y no solicitaba ver á la señora.

—Dígala usted que suba—ordenó Albina.

Después de un discreto golpecito dado en la puerta de la alceba, apareció Juanita, trayendo una enorme gavilla de flores. La señora Maison venía detrás, sin nada en la cabeza, con un delantal blanco muy limpio.

—Buenos días, señora—dijo ésta;—mi marido ha encontrado esto por la mañana en el mercado, y ha supuesto que sería del agrado de usted; ¡le gustan á usted tanto las flores!....

Cuando Albina se disponía á darle las gracias, la mujer añadió bajando la voz:

—Nos hemos tomado esta libertad, señora, esperando que no se enfade.... Mañana es el aniversario, bien lo sabe usted.... y hemos creído que podíamos permitirnos tal libertad, después de lo que usted ha hecho por nuestra Juanita.....

Albina no comprendía bien todavía y la niña añadió:

—Hace poco que he estado con papá y mamá en el cementerio, y yo misma he puesto las flores sobre la lápida de Juanito.

Albina lo comprendió entonces; estrechó las arrugadas manos de la frutera, besándola en ambas mejillas, luego cogió á Juana en sus brazos, ocultando sus ojos anegados en lágrimas entre los rubios bucles de la niña; las flores se hallaban esparcidas sobre la alfombra.

La señora Maison las recogió, enjugándose los ojos con una punta de su delantal.

—Gracias—dijo la joven así que pudo hablar.—Voy alí al instante. ¿Quieres venir conmigo, Juana?

La pequeña quería siempre. Fuéronse ambas, Albina con su traje de tafetán de las Indias y su elegante sombrilla, la niña con su vestido de percal y un sombrero de paja de diecinueve sueldos: marchaban de la mano formando un extraño grupo, tanto por su belleza, cuanto por la semejanza de sus trajes.

La tumba de Juan desaparecía bajo multitud de blanquísimas flores; era aquello un regio lecho formado de tuberosas, de jacinatos, de lilas, de tulipanes, de todo, en fin, cuanto el Mediodía añade á la flora de París; jamás Nuestra Señora vió tantas flores á los pies del niño Jesús.

—¡Qué buenas gentes!—murmuro la joven juntando las manos.

Juana, tirándole débilmente del vestido, dijo con su fresca voz, algo ensordecida por el respeto á los muertos:

—¿Es el niño de usted?

Albina movió la cabeza sin poder hablar.

—¿Me parezco á él, diga usted?

Idéntica respuesta.

—¿Y por eso me quiere usted?

—Te quiero ahora porque eres buena y me quieres—respondió Albina muy conmovida. De repente, Juana sepa-

ró un poco las flores, y descubriendo la lápida é inclinándose, estampó en ella un piadoso beso.

—¡Hermanito mío!—exclamó por lo bajo en un suspiro.

Albina la estrechó entre sus brazos con efusión. Desde aquel día la profesó un cariño tan profundo, cual si la hubiera llevado en su seno.



XXIII

El señor Frédel había muerto de una bronquitis; quince días después siguió su esposa, incapaz de vivir sola después de haber participado de todo, durante treinta años, en compañía de aquella mitad de su alma.

Tuvo una muerte tranquila, pues Albina no le había comunicado ninguno de sus amargos disgustos, y la madre, alejada del movimiento parisiense, ignoraba los rumores relativos á Félix; la joven pues había tenido el consuelo de ahorrarse á sus ancianos padres el pesar de saber que era desgraciada.

Proporcionóle cierta tranquilidad de espíritu el verse libre para obrar, cuando el silencio resignado que hasta entonces guardaba le pareciese intolerable. Más de una vez tocó á este silencio y á esta resignación de cobardía; más de una vez la amargura de sus ojos había querido asomar á sus labios, pero siempre calmó su cólera pensando en los dos ancianos, á quienes una ruptura les habría llenado de desesperación. En el pensamiento de los señores Frédel, una separación sería una catástrofe sin nombre: el escándalo, la opinión pública, la prensa...

Albina nunca pudo abrigar con sangre fría la idea de causarles semejante dolor; rechazando el ardiente deseo de ponerse en libertad, que á veces la atormentaba hasta el punto de ponerla enferma, se había propuesto no pensar en